

EL CHIP TRIBUTARIO

Rechazó el ofrecimiento con un gesto distraído. Mi hijo no quiso tomar la tila caliente que yo le ofrecía. Me dijo que estaba bien, solo un poco nervioso, nada que una buena noche de descanso no pudiese arreglar. La verdad es que estaba muy inquieto. Era comprensible. Al día siguiente cumpliría catorce años, dando un paso esencial para dejar de ser niño y convertirse en hombre. Espié toda la noche sus vanos esfuerzos por conciliar el sueño, su continuo rebullir entre las sábanas mientras la luz glacial de la luna se clavaba como un foco a los pies de su cama.

La mañana lo sorprende muy temprano, cuando apenas ha amanecido, ya preparado y dispuesto, con un gesto nuevo, demasiado serio, de adulto, con el que trata de disipar sus últimos nervios. Ya nada volverá a ser lo mismo. Apenas habla mientras tomamos el desayuno.

Esa mañana, a la hora señalada, las diez y cuarto, acudimos puntuales a nuestra cita en la Delegación Provincial de la Agencia Tributaria. Mi hijo, su padre y yo. Solo los padres, como tutores legales y contribuyentes activos, estamos autorizados para asistir a este acto. Luego, ya por la tarde, será el momento de celebrarlo como merece con el resto de la familia y algunos de sus amigos. Mi hijo ha insistido en vestir chaqueta y corbata. No es para menos: la relevancia del acto lo hace casi imprescindible. No tenemos que esperar mucho. De inmediato nos hacen pasar a la sala donde ya nos esperan el ATS y el médico. Nos aguarda la agradable sorpresa de ver también, de pie al lado del médico, al Delegado Provincial de la Agencia Tributaria que, con su presencia, nos hace un honor incuestionable. Últimamente no suele asistir a estos actos, acostumbra a delegar en alguno de los Jefes de Servicio. Miro a hurtadillas a mi hijo y veo que sonrío satisfecho. Un amigo de mi hermano nos

prometió hacer gestiones para conseguir la asistencia del Delegado. Ha cumplido con su promesa. Mi hijo podrá presumir de ello esta tarde ante sus amigos.

Mi hijo se sienta en la silla preparada al efecto junto al médico y al ATS. Se remanga el brazo derecho hasta la altura del codo sin esperar a que se lo pidan. Muestra a ambos, con algo de insolencia juvenil, la parte interior de su muñeca derecha, donde palpitan nerviosas unas venillas azules. Dentro de poco será miembro pleno de nuestra sociedad adulta. El ATS aplica sobre su muñeca un gel anestésico. El médico, sus manos enguantadas, toma el bisturí y efectúa con él un corte preciso sobre la muñeca de mi hijo. El Delegado extrae de un maletín la pequeña caja lacrada, en cuya tapa constan los datos personales de mi hijo. Desgarra con un abrecartas el sello que cierra la caja y la abre con algo de forzada solemnidad mientras busca sonriente la mirada de mi hijo. Muestra su contenido al médico, que toma el pequeño chip y lo introduce con cuidado en el corte practicado en la muñeca de mi hijo. Aplica luego una pomada cicatrizante y lo cubre todo con una venda antiséptica.

El propio Delegado toma el escáner de una mesa cercana y lo aproxima muy lentamente a la muñeca vendada. El pequeño testigo del escáner titubea un poco antes de encenderse del todo y mostrar orgulloso el preceptivo y protocolario color verde. Delegado, médico y ATS sonríen. La implantación ha sido un éxito. El acto ha concluido.

Aún no, porque el Delegado, rompiendo el protocolo, coloca la mano derecha sobre la frente de mi hijo y la izquierda sobre su hombro.

—Enhorabuena muchacho —le dice—. Acabamos de implantarte el Chip Tributario. Acabas de convertirte en Sujeto Pasivo.